

Joan Manuel Gisbert

La sorpresa de la noche

Ilustraciones de
Gerardo Domínguez



Joan Manuel Gisbert

LA SORPRESA DE LA NOCHE

*A l@s que hacen posible
el movimiento de bibliotecas
y lectura en Fuenlabrada.*

Una paloma mensajera llegó cierta tarde al bosque de los Cien Caminos.

Vio a la ardilla en una encina y le preguntó:

—¿Sabes dónde duermen el búho y la lechuza?

—Sí. Pero no se les debe molestar hasta que haya oscurecido.

—No puedo esperar tanto. Les traigo una noticia.

—Dímela a mí —se ofreció la ardilla—. Se la daré cuando despierten.

—Necesito su respuesta enseguida.

—¿De dónde vienes?

—De la Academia de la Noche.

—¡Haberlo dicho antes! —saltó la ardilla—. Los despertaremos. Se llevarán una alegría.

La ardilla iba de árbol en árbol. La paloma la seguía.

No tardaron en llegar a un gran roble. El búho y la lechuza dormían en unos huecos del tronco.



La ardilla los llamó. Los dos se asomaron con cara de mucho sueño.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el búho, de mal humor.

La paloma le dijo:

—La Academia de la Noche recibió la carta que mandasteis. Habéis sido afortunados. Podéis ir allí a realizar vuestra idea más fabulosa.

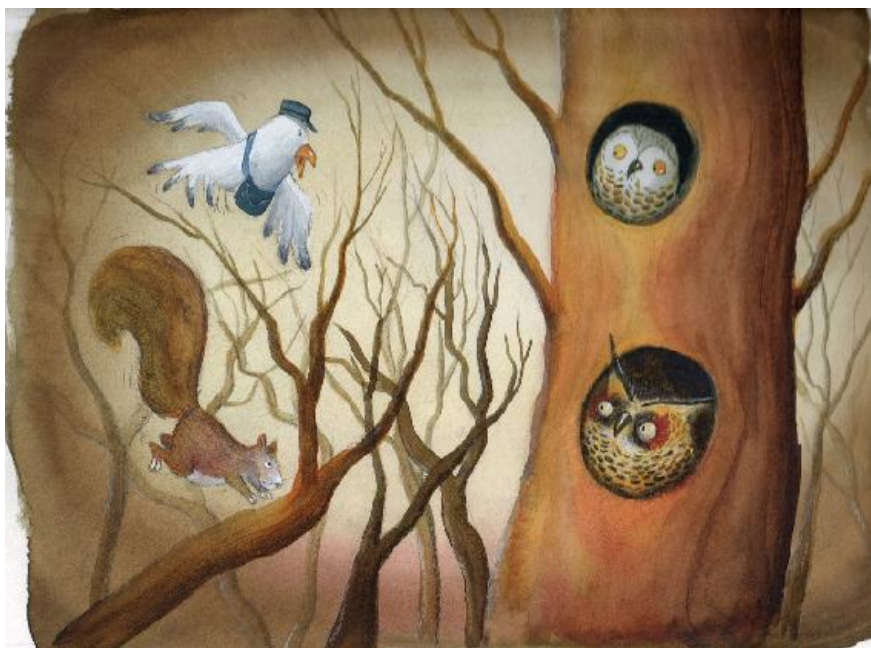
—¡Al fin! —dijo el búho jubiloso.



—Ya casi habíamos perdido la esperanza —reconoció la lechuza.

—Entonces, ¿vais a ir? —preguntó la paloma.

—¡Claro que sí! —exclamó el búho—. Es una oportunidad única. Allí haremos algo maravilloso y luego lo traeremos al bosque.



—Os deseo suerte —dijo la paloma—. Preparaos y emprended el viaje cuanto antes.

Y se fue volando a sus otros destinos.

Al amanecer, el búho y la lechuza ya estaban a punto.

Algunos de sus amigos del bosque ya habían acudido al manantial de las rocas blancas para desearles buen viaje.

Allí estaban el puerco—espín, la ardilla, el tejón, el armadillo, la cabra, el jabalí y la musaraña.

Se les veía muy contentos.

La cabra dijo:

—Es una satisfacción para todos que vayáis a la Academia de la Noche.



—Ya lo creo —añadió el jabalí—. Nos sentimos orgullosos.

Sobre la hoja de una mata, la mariquita y la lombriz cuchicheaban: —¡Qué suerte tienen el búho y la lechuza! —comentaba, con algo de envidia, la lombriz—. ¡Yo también quisiera ir a ese lugar!

—¡Y yo! —respondió la mariquita con ilusión—. ¡Con la de cosas que se podrán hacer allí!

—Si todo sale bien —prometió el búho—, volveremos con algo inesperado y lo disfrutaremos todos.

—¿Qué será? —preguntaron a la vez el armadillo y la musaraña, muy intrigados.





—Es un secreto. No podemos explicar nada —dijo la lechuza.

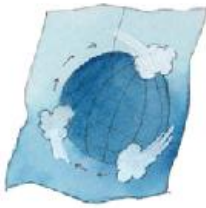
Y no les sacaron ni una palabra más sobre aquello.

Antes de emprender el vuelo, los dos viajeros se pusieron unas gafas de aviador con los cristales ahumados.

—Con estas lentes oscuras —explicó la lechuza—, podremos volar durante el día sin que nos deslumbre la luz del sol.

—A ver —dijo el búho repasando por última vez lo que se llevaban: el mapa de los vientos, las velas desplegadas y la brújula de los navegantes.

—Sí, está todo. Vamos, no hay tiempo que perder.



Y se echaron a volar entre las voces de ánimo de sus amigos.

La noticia había corrido deprisa. Muchos animales ya sabían que el búho y la lechuza iban a la Academia de la Noche.

Cuando pasaron volando sobre el valle, un caracol los vio y movió sus cuernos para saludarlos con admiración.

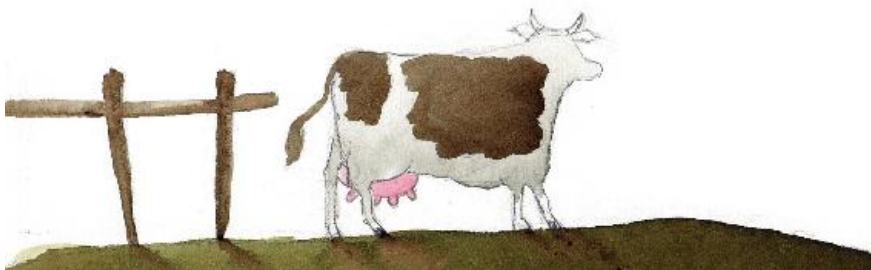




Más tarde, volaron sobre la laguna. Iban con las velas desplegadas. Así aprovechaban mejor los vientos y se cansaban menos. Una tortuga salió del agua y se los quedó mirando.

«¡Cuánto me gustaría ir con ellos!», pensó. «Pero no llegaría nunca. ¡Voy tan despacio! Tardaría demasiado. Antes de llegar a los montes, ya estaría cansada.»

Más adelante, el búho y la lechuza pasaron sobre las granjas.



Una vaca los vio. En sus ojos aparecieron unas lágrimas.

«No podré ir nunca a la Academia de la Noche. El granjero no me dejaría. Tengo que darle leche todos los días.»

En su gran viaje, el búho y la lechuza vieron montes, llanuras, ríos y, a veces, a lo lejos, el mar y las blancas espumas.

De vez en cuando, consultaban su brújula de navegantes. A veces, miraban el mapa de los vientos para saber por dónde soplaban los más favorables.

Después de casi dos días, divisaron a lo lejos la gran montaña.





Era una de las más altas del mundo.

En la cumbre estaba la Academia de la Noche. Era majestuosa y bellísima.

Ellos no la habían visto nunca. Quedaron maravillados.

Bajaron planeando.

El sol empezaba a ocultarse.

La gran puerta estaba abierta. Entraron muy despacio

Un pelícano sabio que lucía una gran medalla los recibió.

—Bienvenidos, os estábamos esperando. Viviréis en la sala Boreal. Allí realizaréis vuestros estudios y trabajos. Al final, como es costumbre aquí, os podréis llevar lo que hayáis inventado.

Los almacenes están en los sótanos. Coged todo lo que os haga falta.

Ahora os acompañaré a vuestro aposento para que dejéis vuestras cosas y descanséis un poco.



La sala Boreal se encontraba en la parte alta. Tenía dos grandes ventanales por los que se veía el firmamento.

—¡Qué bien vamos a estar aquí! —dijo el búho.

—¡Como en el mejor lugar del mundo!

Al caer la noche, el pelícano fue a buscarlos.

—Venid conmigo —dijo—. Conoceréis a los que ya han terminado sus trabajos y están a punto de volver a sus tierras.



Bajaron a un patio interior.

Allí vieron un prodigioso jardín lunar. Lo había creado una cigüeña. Tenía unas flores misteriosas que se alimentaban de la luz de la luna.

Algunas parecían lirios, pero eran muchísimo más grandes.

—Son las copas gigantes de la luna —dijo la cigüeña—. Se llenan de luz por la noche y de rocío por las mañanas.

—Bellísimas —dijo la lechuza.

—Incomparables —añadió el búho, asombrado.

En otro patio, vieron unas grandes arpas estelares. Las habían inventado y construido dos murciélagos.



—Estas arpas son tan sensibles —dijo el pelícano— que cuando el viento de la noche pasa por ellas se oye una conmovedora música.

—Igual que si las estrellas cantaran —explicó uno de los murciélagos—. Nunca se había oído nada igual.

El búho y la lechuza estuvieron un rato escuchando embelesados y luego los felicitaron.

El pelícano los acompañó después a una gran sala que estaba en lo más alto del edificio, bajo la cúpula central.

—¡Oh, qué telescopio tan grande! —exclamó la lechuza al ver un tubo enorme que apuntaba al cielo.